



Juan Carlos Abril, *En busca de una pausa*, Valencia, Pre-Textos, col. La Cruz del Sur, 2018, 83 págs.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.10.2019.CIII-CIV>

Este libro de Juan Carlos Abril propone, a mi parecer, una exploración del sentido de la realidad, y de nuestra instalación, más o menos precaria, en ella. Una instalación que depende, en no pequeña medida, del recuerdo, del modo en que, al recordar, depuramos y esencializamos lo vivido, de manera que podamos situarnos frente a ello con la capacidad de ver (gracias a la “pausa” en la corriente vital que esa reconsideración supone, como ya lo apunta el título) lo que entonces no veíamos, su significación recóndita: la que tiene en sí mismo, y la que puede proporcionar, al ser recobrado, como parte de la posible construcción de un sentido.

Cito, del poema “Por un atajo”: “¿Son estos los instantes / con los que se hacen los recuerdos? / Su intensidad, ahora / entre una taza y otra taza, frente / a lo que se vivió, / va por encima de la realidad, / sobre el lenguaje, y aquí vigila, / en estos manuscritos”. Vemos pues cómo el recuerdo no es, tal como aquí se lo considera, una reconstrucción más o menos mecánica de lo sucedido, sino algo que lo desborda, *va por encima de la realidad*, gracias a la nueva luz que dicha reconsideración le aporta, y cuyas últimas posibilidades sólo podrán ser apuradas a través de la escritura.

Es bien conocida la frase de Wordsworth, en su prólogo a las *Baladas líricas*, en la que define a la poesía diciendo que tiene su origen en *la emoción recordada en la tranquilidad*. El objetivo sin embargo de esa rememoración es, tal como Wordsworth lo entiende, el surgimiento de una nueva emoción que de algún modo contiene a la inicial, pero permite contemplarla con una distancia que en su ocurrir primero era imposible. Entiendo que Juan Carlos Abril da aquí un paso más, proponiendo que la evocación no sirva sólo para crear esa distancia, sino también para enfrentarse críticamente a la emoción original, de modo que sea posible aclarar su significación íntima, darle una lucidez que entonces no tenía, para que no solo se fije en la escritura, sino que lo haga de un modo tal que ese reflejo escrito sea en sí mismo algo vivo, generador de sentido, y pueda por tanto *vigilar* desde el texto, advertir y orientar a partir de él.

En el poema “Don de la ingenuidad” leemos que “la melancolía de las fuentes / posee menos memoria / que sentido común”. Es difícil no recordar

aquí aquellos versos de Manuel Machado, en su poema “Niños del parque”, en los que se habla también del lenguaje de las fuentes, lenguaje que dice “lo que el niño sabe”; y se aclara luego: “Pero tú no entenderás / la voz demasiado oída. / Eso no se sabe más / que al principio de la vida”. Es como si en los versos de Abril ese discurso de la fuente, esa *voz demasiado oída*, se contemplara desde el otro lado, desde el lado del adulto acaso desengañado y escéptico, pero todavía en pie, todavía dispuesto a escuchar, desde su perspectiva, dicho discurso, a saber y reconocerse en él. Y no para hacer posible solamente su reproducción o incluso su reviviscencia, sino para iluminarlo volviéndolo realidad presente.

No sé si esta asociación con los versos de Manuel Machado haya sido consciente y deliberada por parte del autor; pero no son raras, en todo caso, aquí las evocaciones de autores como Valente, Neruda, Keats o Scott Fitzgerald. La literatura, para Abril, sea la propia o la ajena, es un componente más de la vida, pero un componente privilegiado, un observatorio único, desde el que es posible obtener esa depuración del sentido a que nos referíamos.

Decía al principio, de todas formas, que aquella instalación en la realidad a la que puede proporcionar ayuda tan valiosa su acendramiento en lo escrito es una instalación *precaria*. Y es que ningún sentido, por hondo que sea, puede ser definitivo, fijo, ya que la realidad misma no lo es, cambia continuamente, es dinámica; por eso su posible resolución, o aclaración al menos, en la escritura, no puede serlo tampoco. De ahí la necesidad de que tenga, esa resolución escrita, un carácter móvil, incesantemente manador de sentido —como una *fuente*, en efecto—. Y de ahí también que, al poseer su propia autonomía, no sea algo que se integra sin más en la realidad, sino que discurre *por encima* de ella, siendo consciente de sus límites y de la verdad de su propio significado; por eso, entiendo, y como se dice en “Esperar es un camino”, “no se puede traducir”, porque no es mera escritura inmóvil, sino resultado, sedimento, también vivo, del vivir; y aunque se lo recrea a través de las palabras, hay que hacerlo respetando su esencialidad, su manera de *ser otra cosa*.

Esa es, a mi parecer, la difícil y luminosa tarea que se intenta en este libro.

JOSÉ CEREJO
Crítico literario
josecerejo@gmail.com